

EPÍLOGO

Tanto si has llegado hasta aquí tras haber leído el libro como si te propones leerlo tras haber encontrado en este epílogo el impulso y las razones para hacerlo, querido lector, querida lectora, llegarás a la misma conclusión: esta es una lectura necesaria –casi urgente– por el compromiso al que responde en un momento social e histórico en el que una buena parte de los ejemplos (sobre todo los asociados a los cantos de sirena del éxito y la fama) se caracterizan por su fragilidad, cuando no por su inconsistencia. Baste asomarse al fenómeno de los malhadados *influencers*, singular donde los haya, o ser críticamente conscientes del daño que ha causado esa impostación de la excelencia que subyace a la corriente más artificial del pensamiento positivo.

Las sólidas enseñanzas de *Tras las huellas de Sócrates* están muy lejos de esos mensajes superficiales, porque nos demuestran que la ejemplaridad abreva en el manantial sereno de la razón, pero también en la fuente viva de la emoción en beneficio del progreso moral propio de un camino que comienza con la coherencia, toda vez que la admiración hacia quien sabe no basta sin el equilibrio entre el estudio y la práctica de la propuesta que preconiza, y se corona en el punto justo del proceso en el que el crecimiento lleva a la madurez, esa etapa vital en la que se interioriza el impulso inspirador de los modelos ejemplarizantes.

Gracias a estas páginas luminosas, entendemos que el ejercicio del liderazgo, que debería convocar connaturalmente al ejemplo, implica aciertos y errores, y que las lecciones que de él se desprenden nos mueven a algo tan aparentemente sencillo, pero complejo en el fondo, como emular los primeros y rechazar los segundos. Asumimos, también, que la capacidad demostrada por algunos personajes de relevancia histórica para obrar bien o mal, libres como fueron de actuar –y de querer actuar– de un modo u otro, puede ser un recurso educativo de primer orden para estudiar y entender la historia como fuente de ejemplos. Asumimos, muy especialmente, que entendemos la educación como un proceso dialéctico, necesariamente definido por el compromiso con el bien, en el que la autoridad del modelo ilumina el desarrollo personal y en el que la humildad del maestro, tan aquejado de imperfecciones como cualquier mortal, resulta determinante.

La lectura de esta obra nos conforta cuando constatamos que todo ser humano es portador de ejemplo independientemente de su condición, porque el ejercicio de la virtud no es necesariamente proporcional a la pretendida importancia de los individuos. ¿Quién la otorga, y en virtud de qué criterios? En efecto, la capacidad de enfrentarse al sufrimiento y la forma de hacerlo, en la que la fe puede representar un impulso determinante, hacen de mártires como Perpetua un ejemplo de esperanza que no pierde vigor en nuestros días. También demuestran su condición ejemplar, por la misma razón, los protagonistas de *Tori y Lakita*, la película de Jean-Pierre y Luc Dardenne (2022), humildes inmigrantes; los protagonistas de las narraciones bíblicas (Job, David o el hijo pródigo), ejemplos de virtudes susceptibles de ser imitadas, o Meursault, el antihéroe homicida de *El extranjero* (1942) de Albert Camus, que permite al lector reconocerse en sus imperfecciones y extraer conclusiones ejemplarizantes a la luz de las advertencias vitales que pueden entrañar sus peripecias. Pocas huellas fueron tan ciertas y virtuosas, en todo caso, como las que dejó Sócrates –capaz, incluso, de suscitar la parodia aristofánica sin verse empalidecido por ella– en materia de ejemplaridad, por su condición de guía moral e intelectual, aunque su actitud le deparó la desgracia sin que jamás depusiera su imbatible integridad.

Y lo que más nos conforta de la lectura de este libro, desde luego, es sabernos sujetos y objetos del impulso edificante y nutritivo del amor como eje de la ejemplaridad: el amor como perspectiva, como horizonte, como forma de expresión y como certeza experiencial, desde las ideas de Karol Wojtyła hasta la entrega sin condiciones de Mary Hatch, la protagonista de *It's a wonderful life* de Frank Capra (1946). Ese amor que nunca pasa y nunca pesa de la primera epístola de Pablo a los corintios y que, volviendo a una de las principales perchas de las que cuelga la comunión en el ejemplo, impregna la educación, tal como supieron ver Eduard Spranger, Paulo Freire y, más recientemente, Massimo Recalcati.

En el libro I de sus *Meditaciones*, Marco Aurelio reconoce y reivindica con gratitud, admiración y afecto a aquellos que fueron para él modelos de virtud (su familia, sus maestros, sus amigos), detallando en cada caso lo que aprendió de cada uno. Gracias al ejemplo de todos ellos, tamizado por su reflexión serena y su experiencia vital, fue capaz de aducir en el libro XI, ya casi al final de su obra, una respuesta rotundamente ejemplar para una pregunta que a todos nos incumbe en tanto seres humanos: “¿Cuál es tu oficio? Ser bueno”. Tal vez esa respuesta pueda entrañar uno de los secretos de la ejemplaridad: alumbrar la bondad de los demás con la luz de la propia.

Santiago Alfonso López Navia
Vicedecano de Investigación de la Facultad de Educación
Universidad Internacional de La Rioja